

LXIII

LA POLÍTICA DE CONCILIACIÓN

DISCURSO PRONUNCIADO EN EL BANQUETE DEL COMERCIO

1877.

Después de las elocuentes palabras que se han pronunciado, todas las fórmulas orales de la conciliación están agotadas. Las fiestas de la confraternidad van á terminar. Cuando se haya pronunciado el último brindis, y sólo quede en el fondo de la copa, festoneada con la oliva de la paz, el perfume de simpatía que llena el espacio y que impregna nuestros corazones, habrá que buscar la fórmula permanente del trabajo de todos los días, que ha de fecundar la nueva política inaugurada.

¡Felices los pueblos que pueden sentarse serenos en el banquete saludable de la vida, rompiendo el pan de la fraternidad con el corazón exento de esos odios que amargan el presente, y sin esos pavores en el alma que ennegrecen el horizonte del futuro!

¡Más felices aún, cuando como nosotros en este momento, después de haber realizado una obra de virtud cívica, estamos esperando con fortaleza y con fe, el primer tañido de la campana que nos convoque al trabajo diario, para preparar la cosecha de que gozarán los presentes y venideros!

Esta es la fiesta que el comercio, es decir, el trabajo reproductor, ofrece á los obreros de la paz y á los hombres de buena voluntad que van á abrir el surco que el pueblo regará con su generoso sudor.

Señores, la última palabra de estas fiestas de la con-

fraternidad, será la primera palabra de orden, el primer grito de varonil aliento que ha de iniciar la ardua tarea que nos está encomendada.

Esa palabra será una esperanza, será una lección y será una solución en todos los tiempos.

El contento de hoy, las legítimas esperanzas de mañana, son mucho, pero no son nada en presencia de los peligros que la salvadora política de conciliación ha conjurado, salvando nuestro honor como pueblo, y nuestra existencia como Nación.

Señores, hemos estado tal vez en peligro de muerte, en peligro de legar por herencia á nuestros hijos, un pueblo despedazado y una Nación imposible.

Hemos atravesado ese peligro en medio de una noche tenebrosa, sin medir la profundidad del abismo que salváramos, y sólo hoy podemos darnos cuenta de los irreparables males que nos hemos evitado á la par de los bienes que hemos alcanzado.

Tal vez mis palabras parecerán oscuras, y por eso quiero iluminarlas con la luz siniestra de la tempestad de ayer, que va á convertirse en la aurora de mañana.

Nos hemos salvado, señores, de perdernos en esos caminos oscuros, en que los pueblos se anonadan con las revoluciones estériles y los gobiernos corruptores en que se disipan las fuerzas de la vida.

En medio de las tinieblas, un puente misterioso se tendió sobre el abismo que nos separaba, y pudimos comunicarnos, reconociéndonos como hermanos, unidos por el instinto de la conservación, y por nuestros deberes para con la patria común. Esta es la política que se ha llamado de la conciliación, que al fin se ha convertido en la fraternidad; ésta es la política de la honradez, que es la mejor y la más hábil de todas las políticas.

De todos los resultados que ella ha producido y está destinada á producir más adelante, ninguno más trascendental que la conciliación entre gobernados y gobernantes, en que unos y otros han aceptado y reconocido lealmente sus deberes y sus derechos recíprocos, garantiendo así solida-

riamente la libertad y el orden constitucional, la paz y sus beneficios.

Tal resultado no podía alcanzarse sino en un pueblo poseído de espíritu cívico, dotado del instinto de la conservación social, y capaz de labrarse su propio destino, progresando en el sentido del bien.

Se ha hecho al pueblo la debida justicia, brindando en su honor, como el agente principal de esta obra patriótica. Yo pido un brindis para los magistrados que de lo alto del poder la ha iniciado, han cooperado poderosamente á su desenvolvimiento, y prometen y están obligados á llevarla á buen término.

Hago votos porque, después de realizar su obra en la parte que le corresponde, y después de haber cumplido sus promesas para con el pueblo y sus deberes para con la ley, descendan en brazos del pueblo y sean estrechados en ellos con amor, y encuentren en su seno el noble, el digno reposo de la labor cumplida, pudiendo decir cada uno de ellos: Dí la paz á mi país y la he dado á mi propia conciencia.

LXIV

LA ABDICACIÓN DE SAN MARTÍN

DISCURSO LEÍDO EN LA CONFERENCIA
POPULAR PARA LA REPATRIACIÓN DE LOS RESTOS DEL
GENERAL SAN MARTÍN

Todos conocen al Gran Capitán y al Libertador sudamericano.

El combinó estratégica y tácticamente, en el más vasto teatro de operaciones del orbe, al través de llanuras, mares, valles y montañas, un grandioso plan de campaña continental; marcó cada evolución con un triunfo matemático, ganado de antemano con la cabeza descansando sobre su almohada militar; y cada triunfo, con la consolidación ó creación de una nueva República.

Como hombre público, subió sin vértigo á la más alta cúspide de la grandeza y descendió de ella con sencilla majestad, sin fatigar á los pueblos por él redimidos, con su ambición ó su orgullo.

Esta gran figura de contornos tan amplios y correctos, es empero todavía un enigma histórico por descifrar.

¿Qué fué San Martín? ¿Qué principios le guiaron? ¿Cuáles fueron sus designios históricos? ¿Cuál el significado moral de sus acciones?

Estas preguntas, que los contemporáneos se hicieron en presencia del héroe en su grandeza, del hombre en el ostracismo, y de su cadáver mudo como su destino, son las mismas que se hacen aún los que contemplan las estatuas que su posteridad le ha erigido, cual si fueran otras tantas esfiges de bronce que guardaran el secreto de su vida.

San Martín, como lo hemos dicho ya, no fué un Me-

sías ni un profeta. Fué simplemente un hombre de acción deliberada, que obró como una fuerza activa en el orden de los hechos fatales con la visión clara de un objetivo real.

Su objetivo fué la independencia americana, y á él subordinó pueblos, individuos, cosas, formas, ideas, intereses, pasiones, principios y moral política, subordinándose él mismo á su regla disciplinaria.

Tal es la síntesis de su genio concreto. De aquí el contraste entre su acción contemporánea y su carácter póstumo. De aquí esa especie de misterio que envuelve sus acciones y designios, aun en presencia de su obra y sus resultados.

La grandeza de los que alcanzan la inmortalidad, no se mide tanto por la magnitud de su figura ni por la potencia de sus facultades, cuanto por la acción que su memoria ejerce sobre la conciencia humana, haciéndola vibrar simpáticamente de generación en generación, en nombre de una pasión, de una idea ó de un interés trascendental. La acción de San Martín pertenece á ese género.

Es una acción y un resultado que se dilata en la vida colectiva y en la conciencia solitaria; más por virtud propia que por cualidades inherentes al hombre; más por la fuerza de las cosas que obedecen á la gravitación moral, que por la potencia del genio individual.

No es el precursor de los hechos fatales á que sirve, pero es el que mejor los discierne, y el que en definitiva los hace triunfar.

Sus creaciones no nacen de su cabeza, armadas como Minerva; son el simple resultado de sus acciones.

Más soldado que hombre especulativo, resuelve arduos y complicados problemas, concibiendo estratégicamente planes militares.

Da nervio y formas tangibles á una revolución, organizando ejércitos regulares.

Emancipa esclavos, sin confesar un credo político.

Crea asociaciones, sin perseguir un ideal social.

Bosqueja con su espada las grandes líneas de la geo-

grafía política de la América del Sur, obedeciendo por instinto á la índole de los pueblos.

Funda empíricamente repúblicas democráticas, por el solo hecho de no contrariar las tendencias geniales de los pueblos que emancipa.

Por eso sus acciones son más trascendentales que su genio, y los resultados de ellas más latos que sus previsiones.

Su grandeza moral consiste en que, cualesquiera que hayan sido sus ambiciones secretas en la vida, no se le conocen otras que las de sus designios históricos, que siempre fueron impersonales; en que tuvo el instinto del desinterés, de que es el más noble y varonil modelo; en que habló de sí sólo dos veces en la vida: una vez para exhalar una débil queja al despedirse para siempre de la patria, y otra vez para abdicar irrevocablemente el poderío, sin cobardía y sin enojo; y en el que murió en silencio, después de treinta años de ingratitud y de olvido, sin debilidad, sin orgullo y sin amargura.

Aquellas sienas de granito, que encerraron tenazmente la inspiración de la victoria americana, se han abierto; aquella frente serena y enigmática, ha dejado caer su velo de carne; aquellos ojos que fulminaban el rayo de la pasión concentrada, guardando su secreto, se han apagado como los cráteres de un volcán extinto; aquel vaso frágil de arcilla mortal que contenía su alma, se ha roto: sus restos yacen envueltos en tierra extraña, en la mortaja de púrpura de los grandes hombres, redentores de pueblos esclavizados, y sin embargo, el genio del misterio aun vela su eterno sueño.

Es que San Martín, como los astros más cercanos al sol, se sumergió en los rayos de su gloria al descender á su ocaso, y ha recorrido su órbita en los espacios invisibles de la conciencia humana, para reaparecer más radiante en la aurora de su inmortalidad, completando su evolución entre las sombras del sepulcro.

La reparación debida á su memoria, ha tardado tanto como la revelación póstuma, que por la primera vez nos inicia en el significado moral de sus acciones.

Ahora empieza á caer la venda histórica de nuestros ojos ofuscados; sólo hoy nuestros sentidos subyugados por el prestigio de la gloria material, permitirán al alma emancipada, comprender y admirar su gloria apacible y benéfica; sólo hoy podremos medir con el compás del geómetra la extensión de su genio positivo, dentro de los espacios ideales de la moral humana.

Es que sólo son verdaderamente grandes los que nos acercan al ideal de la virtud en la tierra; es que á la cabeza de los grandes hombres que han servido á la humanidad, marcha el hombre de bien, que lega su esencia imperecedera á las almas, dotándolas de nuevos sentidos morales, vibrando como los átomos de la luz en las regiones de la vida elemental.

San Martín sirvió al ideal humano, con su apasionada tenacidad en la prosecución de su obra impersonal; con su modestia en el triunfo; con su moderación en el poder; con su desinterés en la grandeza; con su sacrificio en holocausto de su idea; con su viril estoicismo ante la injusticia; y lo sirve, aun después de muerto, con las virtudes cívicas que dignifican su carácter de ciudadano de un pueblo libre, rodeando su frente inanimada con ese nimbo simbólico de la vida fecunda y duradera.

Contemplémosle en uno de esos momentos supremos, en que sirviendo al bien por el sacrificio deliberado, se desarmaba, no por su voluntad, sino por convencimiento, y renunciaba á la acción sin desertar la austera lucha de la vida: en el momento verdaderamente melancólico y sublime de su abdicación.

Se ha dicho con verdad, que sólo dos grandes figuras de los tiempos modernos, bajaron tranquilas de la cima de la grandeza: Wáshington y San Martín, porque ellos no fueron ni poder, ni ambición, ni partidos, ni odios, ni gloria egoísta, sino una misión que debía concluir en un día irrevocable, en medio de la propia existencia.

Wáshington no abdicó. Al colgar su espada después del triunfo, y entregar el poder público en manos de un pueblo libre, afirmó la corona cívica sobre sus sienes, siguió

sin violencia el ancho camino que le estaba trazado, y alumbrado por astros propicios, se extinguió en el reposo con la angélica serenidad de los genios tutelares.

San Martín abdicó en medio de la lucha, antes de completar su obra, no por su voluntad, como él lo dijo en su despedida y como se ha creído por mucho tiempo, sino forzado por la lógica de su destino y obedeciendo á las inspiraciones del bien; y en haberlo reconocido en tiempo bajo los auspicios de la razón serena, consiste la grandeza moral de su sacrificio. Buscó su camino en medio de la tempestad en que su alma se agitaba, y lo encontró; y tuvo previsión, abnegación y fortaleza para seguirlo, y por eso el sacrificio no fué estéril.

El Perú había sido libertado por un puñado de cuatro mil hombres (dos mil argentinos y dos mil chilenos) contra veinte y tres mil soldados, que mantenían en alto los últimos pendones del rey de España en toda la extensión del continente americano. San Martín, sosteniendo en sus brazos robustos, como muy bien se ha dicho, el cadáver de su pequeño ejército diezmado por la peste y los combates, había declarado la independencia del Perú.

Esta grande empresa, realizada con tan pobres medios, con tanta economía de fuerzas y de sangre, y tan fecundos resultados, se caracteriza como profunda combinación política y militar, en que circunscribió la lucha de la independencia americana á un punto estratégico; en que forzó el último baluarte de la dominación española en Sud América; en que hirió al poder colonial en el corazón con la espada de Chacabuco y Maipo; en que encerró en un palenque sin salida á los últimos ejércitos republicanos y realistas, dentro del cual debía decidirse por un supremo y definitivo combate á muerte, la causa de la emancipación de un mundo.

Desde ese momento, el triunfo de la causa de la independencia americana, dejó de ser un problema militar y político: fué simplemente cuestión de más esfuerzos y tiempo. Desde ese día, el sol al levantarse sobre el horizonte de los pueblos redimidos del hemisferio de Colón, no alum-

bró más esclavos que los que aun continuaban aherrojados bajo las plantas de los últimos ejércitos realistas, atrincherados en las montañas del Perú.

Pero, para alcanzar la victoria definitiva, era necesario que el mismo Perú, hondamente revolucionado, pusiese sobre las armas diez mil soldados más, y el Perú no podía ponerlos. Chile no podía repetir el supremo esfuerzo que había hecho, para remontar sus tropas expedicionarias. La República Argentina, política y socialmente disuelta, al mismo tiempo que sus hijos ausentes emancipaban lejanos pueblos, no podía enviar nuevos contingentes á su ejército libertador de los Andes.

Mientras tanto, las legiones triunfantes de Bolívar, que desde las bocas del Orinoco habían cruzado de mar á mar el continente, se encontraban con las de San Martín, que desde el Plata habían cruzado al Pacífico, dominándolo; y bajo la línea ardiente del Ecuador y al pie del Chimborazo, se saludaban las banderas independientes de las Provincias Unidas del Río de la Plata, de Chile, del Perú y de Colombia, sellando la alianza continental con una nueva victoria alumbrada por los fuegos volcánicos del Pichincha.

En tal situación, Colombia era el árbitro de los destinos del Nuevo Mundo, y en manos del Libertador Bolívar estaba la masa hercúlea que debía dar el golpe final, en el supremo y definitivo combate que iba á librarse en el Perú.

Para concertar este supremo esfuerzo, los dos grandes libertadores se encontraron en aquel punto céntrico del mundo en que sus soldados habían fraternizado. Sus miradas se cruzaron como dos relámpagos en la región tempestuosá de las nubes; sus brazos se unieron, pero sus almas no se confundieron, porque comprendieron, que aunque profesaban una misma religión, no pertenecían á la misma raza moral.

Bolívar era el genio de la ambición delirante, con el temple férreo de los varones fuertes, con el corazón lleno de pasiones sin freno, con la cabeza poblada de flotantes

sueños políticos, sediento de gloria, de poder, de resplandor, de estrépito, que acaudillando heroicamente una gran causa, todo lo refería á su personalidad invasora y absorbente. El mismo se ha retratado á sí prorrumpiendo en uno de sus teatrales simulacros de renunciaciones del mando supremo: «Salvadme de mí mismo, porque la espada que libertó á Colombia no es la balanza de Astrea.»

San Martín era el vaso opaco de la Escritura que escondió la luz en el interior del alma; el héroe impersonal que tenía la ambición honrada del bien común, por todos los medios, por todos los caminos, y con todos los hombres de buena voluntad, según él mismo se ha definido en la intimidad con estas sencillas palabras: «Un americano, re-»publicano por principios, que sacrifica sus mismas inclinaciones por el bien de su suelo.»

Por eso los dos murieron en el ostracismo. El uno en su edad viril, precipitado de lo alto, con las entrañas devoradas por el buitres de su inextinguible ambición personal, llorando hasta sus últimos momentos el poder perdido.

El otro descendió sereno y resignado la pendiente del valle de la vida, con la estoica satisfacción del deber cumplido, guardando en su ancianidad el secreto roedor de sus tristezas, como en los heroicos días de su épica carrera había guardado el sigilo pavoroso de sus grandes concepciones militares.

Estas dos naturalezas opuestas y compactas, fuerte la una por sus defectos en el choque, y la otra por sus calidades en la resistencia, se midieron como dos gigantes al abrazarse, y se penetraron mutuamente. San Martín fué vencido por el egoísmo imperioso de Bolívar; pero San Martín venció á su rival en gloria, mostrándose moralmente más grande que él.

El Libertador de Colombia alcanzará más triunfos, cosechará más laureles y merecerá más la admiración de la historia por su gloriosa epopeya terminada.

El Libertador Argentino, venciendo las más arduas dificultades, preparando el camino y vencíéndose á sí mismo,

merecerá en los tiempos la simpatía eterna de las almas bien equilibradas.

San Martín, con su alto buen sentido, dándose cuenta clara de la situación y de sus deberes para con ella, se inmoló fríamente en aras de una ambición implacable, que era una fuerza eficiente, y cuya dilatación fatal era indispensable al triunfo de su causa.

Los realistas conservaban aún 19.000 hombres en las montañas del Perú; San Martín apenas contaba con 8.500 y necesitaba forjar nuevos rayos para continuar la lucha. Bolívar, al frente del victorioso ejército de Colombia, tenía en sus manos el rayo, que á uno de sus gestos podía fulminar las últimas reliquias del poder español en América pero á condición de no compartir con nadie su gloria olímpica.

Ante esta solemne expectativa, San Martín reconoció el temple de sus armas de combate, y vió: que el Perú flaqueaba, que su opinión pública estaba sublevada, que su ejército no tenía ya el acerado temple de Chacabuco y Maipo, y que no podría dominar estos elementos rebeldes sino haciéndose tirano. Interrogó al porvenir, y previó que en un término fatal su gran personalidad se chocaría con la de Bolívar, dando quizá un escándalo al mundo, con retardo de todos modos del triunfo de la América y con mayores sacrificios para ella. Prefirió eliminarse como obstáculo. Sondeó su conciencia, comprendió que no era como Macabeo el caudillo de su propia patria, y reconociéndose sin voluntad para ser tirano y sin poder moral y material para continuar la lucha con fuerzas eficientes, abdicó, y entregó á Bolívar la espada de Chacabuco y Maipo, después que se convenció que su ofrecimiento de servir bajo las órdenes del Libertador de Colombia no sería aceptado.

Tal es el significado histórico y el sentido moral de la abdicación de San Martín. No fué un acto espontáneo, sino el resultado lógico de una madura reflexión. No tuvo su origen en un arranque generoso del corazón, sino que fué una necesidad impuesta por el conocimiento profundo de los hombres y las cosas. No fué propiamente una abdi-

cación, fué más bien una cesión de una parte de sus destinos futuros, en honor de su causa, en manos más felices que las suyas, para asegurar el triunfo de la América, ahorrándole mayores sacrificios á costa de un sacrificio de ambición individual.

Es por eso, que al entregar al Perú sus propios destinos, puso en sus manos la espada con que debía procurar libertarse por sí solo, si esto era posible; y por si acaso ella se quedaba en sus manos, como sucedió en Moquegua y en Torata, dejó abiertas las puertas por donde debía penetrar la reserva de Bolívar, que triunfaría definitivamente en Junín y Ayacucho.

¿Quién sabe, si al tiempo de consumir su necesario sacrificio, San Martín vaciló, luchando con la flaqueza de la estirpe humana?

¿Quién sabe, si en su última noche peruana, que pasó en la quinta de La Magdalena, murmuró él también en la esfera de su misión y su naturaleza, su sublime oración del Huerto?

Estos son secretos que su alma fuerte se ha llevado á la tumba.

Lo que sabemos hoy, y ayer ignorábamos, es que, si San Martín hubiese abdicado el poder, dejando una página de historia inacabada y una misión por concluir, por los móviles consignados en su proclama de despedida, San Martín sería indigno de su fama, y merecería el menosprecio de los venideros, así como recogió la injusticia de sus contemporáneos.

¿Cuán falibles son los juicios de los hombres, y qué pobre es el criterio de los pueblos ofuscados! ¡Sólo el tiempo, gran maestro y revelador de verdades, les enseña á comprender y juzgar los actos y los documentos de la historia!

Han pasado cincuenta y cinco años, y todavía la proclama de despedida de San Martín, es citada como un monumento histórico, y como la manifestación del alma de un grande hombre en un momento sublime.

Si San Martín hubiese abdicado, como lo dice la pro-

clama, «porque estaba aburrido de oír decir que quería hacerse soberano», habría cedido á un arranque caprichoso de pueril enojo, indigno de las resoluciones reflexivas del varón fuerte.

Si el «temor de que la presencia de un militar afortunado pudiese poner en peligro la existencia de un Estado que de nuevo se constituía», hubiese determinado su resolución, como en aquel documento se expresa, San Martín sería un héroe de papel, henchido de humo y vanidad, que otorgaba burlescamente favores imaginarios, cuando aun era un problema obscuro la existencia del mismo Estado del cual se consideraba supremo dispensador.

Si San Martín, en la plenitud de su poder y con medios suficientes para llevar adelante su obra, hubiese abdicado el mando por el cansancio del hombre público, como se le ha hecho decir, revistiéndole de una falsa magnanimidad, habría sido un desertor de su bandera, y un poltrón que retrocedía ante el trabajo y el peligro.

Para honor suyo y nuestro, San Martín ha consignado los verdaderos motivos de su abdicación en una carta á Bolívar, que ha permanecido en secreto por más de veinte años. Esta carta, escrita con aquel estilo suyo que era todo nervios, en que cada palabra era un resorte que ponía en movimiento las palancas de su poderosa voluntad, se ha hecho oír al fin como el clarín del pensamiento, que sonaba la retirada del hombre de acción, dando la señal para que otro cosechara el fruto de sus afanes.

La proclama de despedida que lleva su nombre, y que todos han repetido sin conciencia, no es más que un manto de oropel, que él se dejó echar con indiferencia sobre sus hombros; flores artificiales de retórica, que algún sofista intercaló entre las hojas siempre verdes de su corona de laurel y encina.

Lo único que de él hay en ese documento es su espíritu de desinterés, su apelación á la posteridad y lo relativo al estandarte con que Pizarro esclavizó al Imperio de los Incas, que fué lo único que aceptó en recompensa de sus fatigas. Como Epiménides, á quien los atenienses, llenos de

admiración y de agradecimiento por sus servicios, quisieron colmar de honores y presentes, sólo pidió un gajo del olivo sagrado. Se lo otorgaron, y con él regresó á su patria.

Al desandar como peregrino el camino que había recorrido como libertador, el Perú independizado por él, lo acusó por la espalda de ladrón. Chile, por él libertado, le llamó asesino. A su paso por Mendoza, base y punto de partida de sus inmortales campañas, no mereció ni la hospitalidad. En Buenos Aires, se calificó de desertor de la bandera argentina, y no se le consideró digno de revistar en su ejército. Su patria le vió alejarse, con indiferencia y casi con desprecio, con una hija en sus brazos, con un pasaporte de la policía en su bolsillo y el estandarte de Pizarro y su sable en su maleta por todo bagaje y cuando años después golpeó sus puertas en el aniversario de sus victorias de San Lorenzo y Chacabuco, ¡fué apostrofado de cobarde por sus mismos compatriotas!

¡El ladrón de los tesoros del Perú hubo de morir desvalido en un hospital de Europa! El asesino ha merecido una estatua ecuestre de los chilenos agradecidos, después de veinte años de olvido. ¡El desertor es el primer capitán del Nuevo Mundo! ¡El cobarde es el vencedor de San Lorenzo, de Chacabuco y Maipo, libertador de Chile y del Perú y salvador de la Revolución Argentina!

El vivió más de treinta años en silencio, sin articular ninguna queja, sin rechazar ninguna calumnia, sin desafiarse ninguna injusticia, y al morir silencioso como había vivido, legó su espada al bárbaro tirano de su patria, y su corazón á sus conciudadanos.

No es posible salir inmaculado de la lucha de la vida.

En medio de las terribles y extraordinarias circunstancias en que se halló envuelto, debió cometer muchas faltas, quien tanto hizo y tanto pudo, sin más contrapeso que su propio criterio. El que tenía por objetivo el éxito, le sacrificó más de una vez los principios morales, que son el ideal de la vida abstracta. El que había convertido sus pasiones en fuerzas de combate, fué sin duda arrastrado muchas veces por el ímpetu de ellas, más allá de los límites

que marcan la actividad de la vida ordinaria sin exigencias tiránicas. Su sacrificio razonado lo había purificado; y cuando las hachas de los lectores del Dictador se inclinaron ante la majestad del pueblo en efigie, el hombre volvió á entrar en su integridad moral.

Empero, la tempestad que había agitado el alma de San Martín durante la gran lucha, no se había apaciguado. El fuego cubierto con cenizas aun ardía en su corazón; su cuerpo aun conservaba el pliegue de bronce de la actitud del combatiente. Las pasiones que lo habían alimentado en la acción, aun lo gobernaban en el reposo, guardando en sus entrañas su eterna marca de fuego. La fibra agreste del criollo americano, aun vibraba en él como en los heroicos días de su primera edad. Era y fué siempre el hombre de la independencia de hecho, que encaraba todas las cuestiones internacionales del punto de vista de la Europa y de la América; del extranjero y de las nuevas nacionalidades que había contribuido á fundar; del patriotismo sin escrúpulos, que inmola en su altar druídico hasta sus principios y sus inclinaciones, como él mismo lo ha dicho en otros términos.

Por eso dijo en su testamento, que dejaba su espada «en prueba de la satisfacción que como argentino había sentido al ver la firmeza con que el honor de la República había sido sostenido contra las pretensiones de los extranjeros que trataban de humillarla.»

No fué un homenaje al tirano ni á la tiranía. Dados sus antecedentes históricos, fué una aberración lógica de su espíritu, á que están sujetos hasta los astros del firmamento, obedeciendo á sus fuerzas iniciales y posiciones aparentes. No podía amar la tiranía quien prefirió ser nada, antes que ser tirano. Que no simpatizaba con el tirano, todos lo sabemos, y los contemporáneos vieron brotar muchas veces de sus viejos ojos nobles lágrimas, ante el espectáculo doloroso de su patria atormentada por el tirano á quien legó su espada.

Esta no es una justificación ante el tribunal de la moral severa. Es simplemente una explicación, deducida de

la lógica rigurosa de los hechos. El tiempo disipará esa sombra.

No nos toca á nosotros, los herederos de su gloria, hijos ingratos mecidos en sus brazos de gigante, que tan mal le recompensamos en la vida, constituirnos en árbitros de la justicia distributiva, en presencia de su corazón, legado de remisión y de amor, cuyo depósito sagrado confió á los argentinos, y cuando nos preparamos á recibir sus últimos despojos.

Grande por sí mismo, él será más grande á medida que las pasiones contemporáneas con que lo juzgamos aún, se disipen en la vida futura; y entonces se pondrán en las balanzas de la eterna justicia, sus méritos y sus faltas, sin que ninguna pesa falsa pueda hacerlas oscilar.

Las estatuas de bronce que la América le ha erigido, podrán convertirse en polvo. Su espada será carcomida por la herrumbre. Sus huesos se esparcirán en átomos impalpables en los espacios de la creación. Quedará de él, sólo lo que es inmortal: el alma heroica, y el hombre del bien á pesar de todo. ¡El hombre de la abnegación, vivirá!

Y cuando su grande sombra se proyecte en los espacios del tiempo, y cuando cada uno sienta vibrar en su alma la partícula imperecedera de su ser moral incorporada á la conciencia propia, cada uno se dirá al contemplarla: «¡ Ecce homo! »

¡ José de San Martín! ¡ Ese es el hombre!